



Domingo de Ramos 2016

Pasión según san Lucas

La narración de la entrada en Jerusalén ha comenzado diciendo que *"Jesús caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén"* (Lc 19, 28). Y los discípulos iban detrás de él por el camino. Pero, ¿lo seguían con sus mismos deseos?

La respuesta a esta pregunta la ha dado un poco antes el evangelista Lucas, al describir el último anuncio que hizo Jesús a los Doce apóstoles sobre su muerte: *"Les dijo: Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y se cumplirá en el Hijo del hombre todo lo escrito por los profetas, pues será entregado a los gentiles y será escarnecido, insultado y escupido, y después de azotarlo lo matarán, y al tercer día resucitará"*. Y el evangelista añade que los apóstoles *"no entendieron nada de esto, este lenguaje era misterioso para ellos y no comprendieron lo que les decía"* (Lc 18, 31-34).

Nosotros hoy acompañamos de forma pública a Jesús con nuestros ramos y le aclamamos: *"Bendito el rey que viene en nombre del Señor"*. Pero, ¿seguimos a Jesús con sus mismos deseos? Para ello, hemos de pedirle que nos enseñe a comprender lo que él hace y nos dice hoy.

Jesús quiso entrar en Jerusalén sobre un joven pollino para anunciar que él era el rey humilde y pacífico que Dios había prometido a su pueblo. Así excluye Jesús la interpretación revolucionaria, que algunos judíos hacían de la realeza del Mesías: Jesús no se apoya en la violencia, no emprende una rebelión militar contra Roma. Su reino es el de la paz de Dios.

Jesús consiente ser aclamado como el Mesías que viene como rey en nombre del Señor, porque ha llegado el momento decisivo en el cumplimiento de la misión recibida del Padre. Esta aclamación es ahora tan necesaria que Jesús replicará a los que exigen el silencio de los discípulos: *"Os digo que, si éstos callan, gritarán las piedras"* (Lc 19,40).

En nuestra posterior procesión, Jesús va a ser aclamado especialmente por los niños como su Amigo. La alabanza más querida por Jesús es la que sale de los labios y de los corazones de los niños, porque *"de los que son como ellos es el reino de los cielos"*. Por ello Jesús sigue manifestando hoy su deseo de estar con los niños: *"Dejadlos, no impidáis a los niños acercarse a mí"* (Mt 19, 14). Y expresa su alegría de imponerles las manos, bendecirlos y llevar consigo a un niño sobre la borriquilla en su entrada en Jerusalén.

En el Domingo de Ramos todos, niños y mayores, somos llamados a subir con Jesús a Jerusalén para seguirle hasta la altura de la cruz y de la gloria. Jesús camina



Carlos López Hernández

delante de nosotros y nos lleva desde la cruz a la vida del hombre nuevo, plenamente reconciliado y auténtico. Jesús nos lleva con él hacia la vida saludable y gozosa según la verdad y el amor que nos hacen libres; hacia la valentía que no se deja intimidar por la propaganda de las opiniones dominantes; hacia la misericordia que comprende, soporta, perdona y sostiene al otro. Nos guía hacia la disponibilidad para compartir la vida y las cosas con los que sufren, con los abandonados, con los refugiados a los que se cierran las puertas de los corazones y de las sociedades. Nos introduce en la bondad y la misericordia que no se deja desarmar ni siquiera por la ingratitud, la enemistad y el odio. Nos lleva hacia el amor, nos lleva hacia Dios, perdiendo nuestra vida egoísta en la cruz y asumiendo el camino gozoso de la obediencia a la voluntad del Padre.

Para hallar este camino recto del seguimiento necesitamos meditar una y otra vez la pasión de Jesús.

En la escena del monte de los Olivos Jesús exhorta a los discípulos a orar “*para no caer en la tentación*” (Lc 22, 40) y él mismo se retira a orar al Padre, exponiéndole su angustia interior y pidiéndole la fortaleza necesaria para realizar su voluntad y no la propia: “*Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya*” (Lc 22, 42). Tampoco en este momento dramático puede contar con la cercanía espiritual de los discípulos, que se quedaron dormidos; sólo le conforta el ángel enviado por el Padre desde el cielo.

Y llega por fin la hora de los enemigos, guiados por el discípulo que le entrega con un beso de falsedad. Es la hora “*del poder de las tinieblas*” (Lc 22, 53), en la que el diablo, antes vencido en el desierto, ve el momento oportuno para acercarse a destruir a Jesús y su obra (cf. Lc 4,13). Así, el que enseñaba en el templo a diario el amor de Dios, es cazado ahora como un bandido con espadas y palos. Y los discípulos siguen sin comprender nada y responden con la espada. Jesús tiene que repetir su “*dejadlo, basta*” (Lc 22, 51) y curar la oreja del criado herido. El gesto de Jesús deja el uso de la espada fuera del plan de Dios y cura los efectos de su uso indebido.

La identificación de Jesús con la voluntad del Padre en la oración le ha fortalecido y dado la serenidad que manifiesta en las siguientes escenas de la pasión. No buscará su defensa y guardará silencio ante las falsas acusaciones, pero confesará su verdadera condición ante el senado de los sumos sacerdotes y escribas, que le formulan la pregunta decisiva para su condena a muerte: “*Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios? Él les contestó: Vosotros lo decís, yo lo soy*” (Lc 22, 70). De forma semejante confesó ante Pilato su condición de rey de los judíos, que le llevaría a la cruz (Lc 23, 3).

Jesús entró orando en su pasión, al ofrecer al Padre en el monte de los Olivos el sacrificio de su vida en obediencia por amor. Ahora, en la escena de la cruz hace de su entrega real a la muerte una oración. Las primeras palabras que el evangelista Lucas pone en boca de Jesús en la cruz son una súplica de perdón: “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*” (Lc 23, 34). Jesús guarda silencio ante las burlas de las autoridades, de los soldados y de uno de los malhechores crucificados, que le desafían



Carlos López Hernández

diciendo: *“A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido”* (Lc 23, 35). *“¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros”* (Lc 23, 39). Pero a todos estos los ha incluido ya Jesús en su oración de perdón al Padre; no saben lo que hacen y no saben lo que dicen, porque Jesús se está salvando a sí mismo en la cruz y los está salvando a ellos con una salvación que ignoran todavía y no pueden desear.

En la escena de la cruz, al menos tiene Jesús la cercanía espiritual y afectiva del buen ladrón, que teme a Dios y confiesa su fe en Jesús al pedirle: *“Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”*(Lc 23, 42). Con cuánto amor y gozo interior le diría Jesús aquellas palabras de consuelo y esperanza: *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”* (Lc 23, 43). Porque aquel malhechor arrepentido era el primer fruto visible de su sangre derramada, y llenaba de alegría el cielo de su Padre.

El poder de las tinieblas se ha hecho manifiesto en torno a la cruz. El sol ha dejado de brillar y el día se ha oscurecido. Y, en medio de las tinieblas, Jesús ilumina el horizonte de su cruz y consuma la entrega de su vida con esta oración de confianza: *“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”* (Lc 23, 46).

Como señal de la destrucción del cuerpo de Jesús, templo existencial de Dios, queda rasgado el velo del templo de Jerusalén. El cuerpo glorioso de Jesús resucitado va a ser el nuevo templo para el encuentro con el pueblo rescatado con su sangre. El tiempo del templo de Jerusalén ha llegado a su término.

Acompañamos hoy a Jesús en su cruz con nuestra confesión de fe en él como Señor y con nuestro deseo de asumir sus mismos sentimientos como ideal de vida (cf Flp 2, 5-11). Y seguimos la llamada del apóstol Pedro a compartir con alegría el sufrimiento de Cristo, que *“llevó nuestros pecados en su cuerpo “hasta el leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia”* (1 Pe 2, 24). No consideramos las pruebas como algo extraño a nuestra vida cristiana; al contrario, estamos alegres en la medida que compartimos los sufrimientos de Cristo. Y cuando se revele su gloria, gozaremos de alegría desbordante (cf 1 Pe 4, 12-13).

Salamanca, 20 de Marzo de 2016